

ña. Pero veamos cómo le alumbrá, y qué cosas son las que le hace ver.

Para declarar esto mejor, tomemos al santo Tobías, y considerémosle cuando estaba ciego y no podía ver. Cierta es que en este tiempo no veía ni las cosas que tenía debajo de sí, ni sobre sí, ni cabe sí, y finalmente, que áun á sí mismo no veía. Alumbróle Dios por medio del ángel san Rafael (1), y con la luz del cielo que recibió, vió todas estas cosas que ántes no veía. Y ¿cómo fué alumbrado? Con la hiel de un pece, para que entendamos que con la hiel y amargura de la tribulación, que, á manera de pece, anda nadando por las aguas turbias deste siglo, son esclarecidos nuestros ojos y reciben luz soberana del Señor, para que veamos primeramente las cosas que están debajo de nos.

Éstas son todas las cosas criadas debajo del cielo, que no tienen uso de razón: la honra, la hacienda, la salud, la hermosura, la fortaleza, los cargos y dignidades, los deleites y regalos, y finalmente, todo lo que Dios cria acá abajo para uso y servicio del hombre. Con las cuales cosas pecamos y ofendemos á nuestro Señor de dos maneras. La primera pensando que tenemos estos bienes de nuestra cosecha, y no reconociéndolos ni agradeciéndolos á Dios. Y aunque cuando consideramos las cosas, no caemos con el pensamiento en este engaño, porque es muy claro; pero con las obras muchas veces caemos en él, abrazándonos con el don, y no haciendo caso del que nos le dió, y creyendo que la nobleza que tenemos no la debemos á Dios, sino á nuestros progenitores, y que el oficio y hacienda que alcanzamos fué por nuestra habilidad é industria. Y por esto nuestro Señor nos quita estos dones que Él nos había dado, para que cuando nos falten volvamos á él y se los pidamos, conociéndole por Señor y dador dellos. La otra manera con que pecamos en estas cosas bajas, es estimándolas y haciendo más caso dellas de lo que ellas merecen, amándolas excesivamente, deseándolas y procurándolas con grande ánsia y afecto, desentrañándolas como las arañas, y tejiendo redes para cazar moscas y cosas que se lleva el viento. Por esto Dios nuestro Señor, cuando nos ve hinchados con estos bienes, y que nos parece que son durables, y dichosos los que los poseen, y que el cargo es perpetuo, y que la hacienda no se puede menoscabar, ni la honra ni la gracia del Príncipe, ni la amistad de los poderosos, ni debilitarse la salud, ni marchitarse la belleza, ni enflaquecerse la gallardía y vigor de la juventud; y finalmente, que nunca se ha de secar ni acabar esta florecita de nuestra miserable vida; entónces á deshora nos quita estos bienes, para que entendamos que no lo son verdaderos, pues no pueden hacer bueno al que los posee, ni darle verdadero contento y felicidad (2).

Y muchas veces nos los quita al tiempo que estamos más descuidados y abrazados con ellos, y

(1) Tob., xi.

(2) Aug., in psalm. vii.

que nos parece tenemos en ellos entera seguridad. Como aconteció á aquel rico del Evangelio, que decía, hablando consigo (3): «Alma mía, tú tienes muchos bienes guardados para muchos años; descansa ahora, come y bebe y date á regocijos y banquetes, porque seguramente lo puedes hacer.» Pero á este tal, en el mismo tiempo que estaba con esta paz y seguridad, causada de las trojes y bodegas llenas que poseía, le dijo Dios: «Necio, esta noche dejarás la vida, y con ella la hacienda que tienes allegada, y no sabes de quién será, y por ventura vendrá á manos de quien la desperdicie y derrame, y lo que tú con tanto cuidado, escaseza y miseria has allegado, lo disipe y pierda en un tumbo de un dado.»

Esta manera nos alumbrá la tribulación, para que veamos estas cosas inferiores, y no ménos para que conozcamos las penas del infierno, que también están debajo de nosotros. Porque si acá en esta vida sentimos tanto un dolor de ijada ó de piedra, ó otro cualquiera riguroso y vehemente, que sabemos que ha de ser breve, porque, ó se ha de acabar ó nos ha de acabar, y nos parece que no lo podemos sufrir, y que la misma muerte es más tolerable, y estamos en una perpétua congoja y agonía mientras que dura, con tener para aplacarle muchos alivios y remedios de médicos y medicinas, y de personas que nos consuelan y animan, ¿qué sentimiento debemos tener de aquellas penas que están aparejadas á los pecadores, sabiendo que son tan terribles y espantosas, que todas las desta vida se pueden tener por regalo en su comparacion, y que no se han de acabar jamas, sino que han de correr á las parejas con Dios? Por eso dijo Isaías (4): «¿Quién de vosotros podrá morar con el fuego tragador? ¿Quién podrá habitar con las llamas que no tienen fin?» San Gregorio dijo: «Si Dios castiga tan ásperamente en el lugar de perdon, ¿cómo castigará adonde no hay esperanza de perdon ni de misericordia?» Si á un hombre le atasen en una cama blanda y regalada, y le dijese que había de estar en ella todos los días de su vida, ¿cómo lo sentiría? ¿Qué pena tendría? ¿Cómo le parecería que aquella no era cama blanda, sino dura cárcel é insufrible tormento? Pues ¿qué será estar por todos los siglos de los siglos en aquella cama horrible de fuego infernal, que nunca se acaba, ni tiene necesidad de leña para sustentarse, sino que él mismo se aviva y sustenta, porque quema y atormenta como verdugo vengador de Dios? Si una mota que nos cae en los ojos tanto nos aflige, si una brizna que se atraviesa entre los dientes no nos deja reposar hasta echarla fuera, ¿cómo vivimos tan descuidados y tan olvidados de lo que ha de ser y de tales penas advenideras, pues tanto nos fatigan, por más ligeras que sean las presentes? Esto nos enseña la tribulación, y nos alumbrá, para que por lo que ahora padecemos estimemos con ponderacion lo que

(3) Luc., xvii.

(4) Isai., xxxiii.

padecerémos en el infierno si perseveramos en el pecado.

También nos alumbrá la tribulación para que veamos y estimemos las cosas que están encima de nosotros, que son aquellos bienes incomprendibles de la gloria y bienaventuranza que esperamos. Porque la misma tribulación nos despierta, y el mal recaudo que hallamos en la venta nos hace desear nuestra patria, sospirar por ella, y conocer que somos peregrinos y desterrados en este valle de lágrimas, y que no puede esta tierra producir sino espinas y abrojos y penalidades, que nos lastimen y aflijan. Y de aquí sacamos cuán gloriosa y bienaventurada es aquella morada celestial, de donde el dolor y la fatiga, la enfermedad y la muerte, y todo lo que es pena y miseria está desterrado perpetuamente, y no hay sino todo lo contrario de lo que en esta miserable vida nos congoja y acaba (1). Y así, á las riberas de Babilonia sentados y llorosos nos acordamos de la celestial Sion. Porque, como dice el bienaventurado san Gregorio: «A los que están en tierra de enemigos es cosa dulce acordarse de su patria.»

Estas dos consideraciones que podemos sacar de la tribulación para estimar las penas del infierno y los bienes del paraíso, las pone san Juan Crisóstomo por estas palabras (2): «Todas las cosas desta vida son como una sombra ó sueño, y por eso debemos mirar y esperar las de la otra, porque, comparados con ella, todos los males presentes nos parecerán como si no fuesen, así por su naturaleza como por el tiempo y duración. ¿Qué tiene que ver todo lo que aquí padecemos con aquel fuego que nunca se acaba, con aquel gusano que nunca muere, con aquel crujir de dientes, con aquellas tinieblas exteriores y prisiones horribles, con aquella perpétua y sempiterna angustia, congoja y afán? Demas desto, ¿qué proporeion puede haber del tiempo breve á la eternidad, con la cual cotejados diez mil años, no son más que una gota de agua respecto de la inmensidad del mar? Pues si ponemos los ojos en aquellos bienes que ni ojo humano puede ver ni oído oír, ¿no debriamos escoger y deseár morir mil veces y pasar por ruedas de navajas y por todos los tormentos deste mundo por alcanzar aquel tesoro de inestimables bienes que el Señor nos tiene prometido?» Hasta aquí es de san Juan Crisóstomo.

Alumbranos asimismo la tribulación para que conozcamos á nuestro prójimo, que está cabe nosotros, que comunmente no le conocemos, especialmente cuando él es pobre y nosotros ricos; cuando él tiene necesidad, y nosotros abundancia; él algun trabajo y miseria, y nosotros descanso y prosperidad; y parécenos que no puede venir por nuestra casa lo que por la ajena; y como si fuésemos de otro barro ó de otro metal, pensamos que somos privilegiados y exentos de las calamidades que pasan por otros, y por esto no nos compadecemos de-

(1) Psalm. xxxvi.

(2) Hom. xxxiii, ad Heb.

llos ni les damos la mano. Para que lo hagamos, nos envía Dios las tribulaciones, y para que de nuestra pena y aflicion saquemos la aflicion y pena de nuestros hermanos, y nos ablandemos y compadecemos, y los socorramos y proveamos en sus necesidades. Por esto dijo el Sabio (3): «Por lo que tú sientes en tí entenderás lo que siente tu prójimo»; que es lo que vulgarmente decimos: «De mi mal saco el ajeno.»

Pero aunque para todas estas cosas que hemos dicho nos dá luz la tribulación, y ellas son de tanto provecho; pero no lo es ménos la que nos dá para que nos conozcamos y humillemos. Porque verdaderamente el hombre en la prosperidad es ciego, y no se conoce hasta que la tribulación le hace abrir los ojos y conocer lo que es. Por eso dijo Jeremías (4): «Yo soy varon que conozco mi pobreza, cuando vos, Señor, levantaiis la vara de vuestra indignacion.» Y Daniel dice (5), hablando del rey Baltasar: «Pesáronle en la balanza y halláronle falto.» Porque en el tiempo del consuelo y de la prosperidad nos parece que somos de justo peso, y que por ningun trabajo, peligro ni pena no faltaremos, ni tentacion alguna, por grave que sea, será parte para derribarnos. Hacemos grandes propósitos y trazas; pero en pesándonos con la tribulación, luego desmayamos y caemos, y conocemos que no somos tan valientes como pensábamos, y llorando nuestra flaqueza, nos humillamos y confundimos, y acudimos por favor á Dios; y desta manera nos alumbrá la tribulación para que nos conozcamos.

Asimismo porque cuando estamos en algun grande aprieto, tenemos grandes deseos y propósitos de hacer y de acontecer, de emendar la vida y huir de las ocasiones, tener oracion y confesar á menudo; pero en pasando aquel aprieto y hallándonos con más anchuras, luego nos olvidamos de todos aquellos buenos propósitos, y volvemos á nuestros vicios y demasias; y así conocemos cuán mudables é inconstantes somos para lo bueno, y cuán fáciles é inclinados á lo malo. Y con esto, como dije, nos confundimos y humillamos, y acudimos al Señor para que nos sustente y esfuerce, como lo suele hacer por su misericordia, labrándonos con el martillo de la tribulación, y ensanchando y dilatando nuestro corazon para que digamos (6): «Bueno ha sido para mí, Señor, que me hayais humillado, para que yo aprenda vuestra ley, que es la que sola justifica y es causadora de toda justicia y santidad.» Desta manera pues alumbrá la tribulación; pero veamos cómo perficiona.

CAPÍTULO IX.

Cómo perficiona la tribulación.

La perfeccion de cada cosa es el fin y cumplimiento della, y aquella cosa se dice perfeta, que

(3) Eccles., xxxi.

(4) Tren. iii.

(5) Dan., v.

(6) Psalm. cxviii.

es acabada y tiene todo lo que debe tener. Y conforme á esto, la perfeccion del hombre en esta vida, de la cual hablamos, consiste en unirse y juntarse perfectamente con Dios, que es su último fin y todo su bien; lo cual se hace por amor, y por medio de una virtud sobrenatural que infunde el mismo Dios en el ánima, que es la caridad, con la cual amamos á Dios por sí mismo y al prójimo por el mismo Dios. Y así dijo san Pablo (1): «El fin del precepto es la caridad de puro corazón y buena conciencia y fe no fingida.» Y en otro lugar (2): «El cumplimiento de la ley es la dileccion y caridad.» Y en otro (3): «Sobre todas las cosas tened caridad, que es el fudo y vínculo de la perfeccion.» Y el Sabio dijo (4): «Teme á Dios y guarda sus mandamientos, porque en esto consiste el sér del hombre.» Quiere decir, porque cuando el hombre guarda los mandamientos de Dios, entónces es hombre perfecto y cabal; y todo esto comprende la caridad, la cual no puede poseer el que no guarda lo que le manda Dios, como lo dice el glorioso evangelista san Juan (5). Pues para alcanzar esta caridad y perfecto amor de Dios, ayuda mucho la tribulacion, y así nos perfecciona y afina. Lo cual hace en dos maneras: la primera haciendo el corazón capaz de Dios, y la otra hinchándole deste divino licor y maná celestial de la caridad.

Para entender esto se ha de presuponer que nuestro corazón es como un vaso que no puede estar vacío, sino que siempre está lleno, ó del amor propio, ó del amor de Dios; y que cuando más lleno estuviere del amor de sí mismo, tanto menos podrá recibir del amor divino. Porque es imposible que estos dos amores, siendo contrarios é incompatibles, se junten y quepan en grado perfecto en un corazón. Y así, el que desea henchir su ánima deste licor suavísimo y preciosísimo de la caridad, ha de procurar vaciarle deste otro amor bajo y vil de sí mismo y de todas las cosas de la tierra, como lo dice san Agustín por estas palabras: «Vaso, dice, eres, pero vaso lleno; vacía lo que tienes en él, para que recibas lo que no tienes; vacía el amor del siglo, para que seas lleno del amor de Dios.» Pues para que el hombre vacie y deseche este perverso amor, y quede capaz para recibir el amor divino, ayuda mucho la tribulacion; porque, como hemos dicho, nos alumbrá y da conocimiento de nuestra miseria y bajeza, del cual conocimiento nace el ódio y aborrecimiento santo de nosotros mismos, y juntamente nos hace conocer, estimar y temer las penas del infierno, y huir el pecado, que es la puerta de la muerte é infierno, y no menos amar y desear y sospirar por los bienes eternos, y entrar por las estrechas sendas de la virtud, que llevan á ellos, como en el capítulo pasado se declaró. Y esta luz que nos da, y este afecto que engendra en nos-

(1) I. Tim., 1.

(2) Rom., XIII.

(3) Colos., III.

(4) Eccles., XII.

(5) I. Joan., III.

otros la tribulacion, es gran principio para renunciar y dar libelo de repudio al regalo de la carne y á todos los gustos de nuestra concupiscencia, que es enemigo capital de la caridad, y para huir las obras de muerte que nacen della como de su fuente; y con esto se vacía el corazón del mal licor que tiene, y queda capaz para recibir á Dios.

Pero no nos ayuda ménos con el desengaño de las cosas que vemos y padecemos cuando estamos afligidos. Porque, cuando el hombre que estaba sano se ve en un punto enfermo, y de rico pobre, y de honrado afrentado, de privado y favorecido aborrecido y desechado, de libre cautivo, de alegre y contento descontento y caído, entiende que todas las cosas humanas son como un poco de aire ó como un sueño, y que desaparecen como humo y se deshacen como espuma, y se pasan como sombra, y que no tienen tomo, firmeza ni estabilidad; y que siendo ésta su condicion y naturaleza, no hay que fiar en ellas ni alegrarnos mucho cuando vienen, ni entristecernos cuando se van; pues no podemos mudar con nuestras lágrimas su naturaleza, ni tener la corriente del río impetuoso. Y por esto dijo un sabio: «No es grande el que piensa que es gran cosa que las piedras y los edificios caigan, y que mueran los mortales.» Con la cual sentencia, dice Possidonio (6) que se consolaba mucho el glorioso padre san Agustín cuando estaba la ciudad de Bona cercada de los vándalos.

También nos hace capaces de la caridad la tribulacion de otra manera, que es labrándonos y dilatando y extendiendo los senos de nuestro corazón á puros golpes, como lo hace el platero cuando martilla un vaso de plata. Y así dijo David, hablando con Dios (7): «Cuando os llamé me oísteis, Dios mío, causador de mi justicia; en la tribulacion dilatastes y ensanchastes mi corazón.» Lo cual hace nuestro Señor, ó librándonos de la pena que tenemos, para que despues de la tempestad, sosegada ya la mar, acudamos á él y le alabemos, ó mitigando la misma tribulacion y haciéndola suave con la dulzura de su divino consuelo. Porque una sola gota de la consolacion divina tiene fuerzas para templar y endulzar la amargura de un mar Océano de aflicciones, como lo vemos en los santos mártires. Y por esto dice san Pablo (8) que se gloríaba en sus tribulaciones. Y de los apóstoles se escribe (9) que iban muy alegres delante del concilio, porque habian sido tenidos por dignos de padecer por el nombre de Cristo injurias y baldones. Y por esta misma causa, prometiendo nuestro Señor ciento tanto, áun en esta vida, á los que por su amor dejaren el padre y la madre y los hermanos, añade (10): *Etiam cum persecutionibus*; aunque tengan persecuciones. Para que entendamos que no nos promete bienes temporales, como se prometian

(6) Possidonio, en la *Vida de san Agustín*.

(7) Psalm., IV.

(8) Rom., V.

(9) Act.

(10) Marc., X.

en la ley vieja á los judíos, sino que habemos de pasar trabajos y persecuciones si queremos seguir la virtud; mas que no podrán ellas ser parte para que áun en esta vida no recibamos ciento tanto más de lo que dejamos. No solamente porque los dones espirituales y las otras mercedes que recibimos del Señor valen ciento y cien mil veces tanto más que todas las cosas perecederas, sino también porque muchas veces las mismas persecuciones se nos convierten en flores, y las espinas en rosas, y el consuelo y recreo divino que en ellas nos regala vale más que todos los bienes de la tierra que podemos dejar.

De un caballero y hombre principal, llamado Arnulfo, se lee que habiendo seguido la milicia y tenido mucha honra y regalo en el siglo, se convirtió á penitencia por la predicacion de san Bernardo, y dando de mano á todas las cosas, se entró en la órden de Claravale y fué muy gran siervo de Dios. Éste solía padecer una recia enfermedad de cólica, y estando una vez, por la fuerza del dolor, casi sin sentido y sin esperanza de vida, hablando con el Señor, le decía: «Verdaderas son todas las cosas que dijistes, oh buen Jesu; muy bien pagais, Señor, en esta vida lo que prometéis; bien cumplis vuestra palabra, porque yo áun en estos mismos dolores lo pruebo y recibo ciento tanto más de lo que por vos dejé.» Tanta era la abundancia y fuerza del divino consuelo, que agotaba y deshacia la terribilidad y aspereza del tormento que padecía, y le hacia fácil y suave el cáliz amargo de aquel dolor. Porque, así como no ha menester Dios nuestro Señor pan para sustentar al hombre, porque sola su voluntad basta para sustentarle y para convertir las piedras en pan, así no tiene necesidad de consuelos y regalos para consolarse, porque los mismos tormentos y penas le sirven de consuelo y recreo divino, cuando con su mano poderosa convierte las duras piedras del dolor en pan sabroso y sustento de sus escogidos.

Con esta experiencia que tienen del socorro y favor que da nuestro Señor á los atribulados cuando le llaman con humildad y confianza, se disponen ellos más y aparejan el corazón para recibir el divino amor. Y no haciendo caso de todas las cosas caducas y transitorias, que son como unos aljibes rotos, que no tienen agua ni la pueden tener para apagar la sed, les muestra el Señor aquella fuente de vida que sola puede hartarlos y llenarlos sin medida. Y no solamente se la muestra, pero también les aprieta, y como á caballo rebelde y mal domado, con la vara y espuela de la tribulacion les hace y casi compele llegar á ella, y él es tan bueno y tan deseoso de comunicarse á su criatura, que en hallándola aparejada y vacía, luego la llena.

Esta manera ayuda la tribulacion para que alcancemos la perfeccion, que, como dijimos, consiste en la caridad; y así lo dice el Apóstol por estas palabras (1): «La tribulacion obra en nos-

(1) Rom., V.

otros paciencia, la paciencia probacion, la probacion esperanza, y la esperanza no confunde ni engaña á nadie, porque la caridad de Dios está en nuestros corazones por el Espíritu Santo, que nos ha sido comunicado.

Demás de perfeccionarnos la tribulacion, también nos conserva en la misma perfeccion que por ella habemos alcanzado. Porque es como un cofre de hierro fuerte, en que se guarda el tesoro de la divina gracia, y como la espina, que defiende la rosa para que no sea manoseada y pierda su belleza y frescor, y como la corteza dura y áspera, que encierra en sí la dulzura del meollo. Y para concluir este capítulo, la tribulacion perfecciona al alma; porque, como dice san Gregorio (2), los trabajos y penas le sirven de alas para volar al cielo, adonde solamente se halla la perfeccion absoluta y cumplida que ella puede tener, viendo y amando aquel infinito bien, sin poderse divertir dél.

Y demás destes tres frutos tan señalados y excelentes que obra la tribulacion en los que della se saben aprovechar, hace otros maravillosos, que sería largo si los quisiésemos declarar todos. Basta decir que ella es la trilla que aparta la paja del grano, la lima áspera que quita el orin y alimpia el hierro, el fuego y fragua que le ablanda, el crisol que apura y afina el oro, la sal que conserva los mantenimientos, el martillo que nos labra, el agua con que se templá y apaga el fuego de la concupiscencia, la lluvia del cielo con que bañada y regada la tierra de nuestra alma, da copioso fruto; la helada con que se arraigan y acepan los panes, el viento con que más se enciende el fuego del divino amor, y con que más presto llegamos al puerto; el acibar con que nos destetamos y dejamos el pecho dulce y ponzoñoso de las criaturas, la medicina amarga con que nos curamos y sanamos, el lagar en que pisada la uva, da vino oloroso y sabroso; y finalmente, es la librea de los hijos de Dios y la prueba cierta del siervo fiel del Señor. Porque, así como en el tiempo de paz muestra el Rey lo que quiere á sus soldados en las mercedes que les hace, y ellos en el de guerra lo que le aman y estiman peleando y muriendo por él, así en el tiempo del consuelo y favor, el Rey del cielo nos da á entender lo que nos quiere, y nosotros en el de la tribulacion lo que le queremos, mucho mejor que en el de la prosperidad.

CAPÍTULO X.

De los efectos que hace en los malos la tribulacion.

Así como la tribulacion purifica, alumbrá y perfecciona á los buenos, y produce frutos admirables en ellos de paciencia, humildad y confianza, así en los malos causa efectos contrarios de impaciencia, soberbia y desesperacion. Porque, como dijimos, es trilla que alimpia el grano, que es el hombre justo, ó el que, aunque es pecador, se reconoce y convierte á Dios, y juntamente aparta la paja

(2) Greg., lib. VI., Mor., cap. IV.

liviana, que son los malos, los cuales con el viento de la tribulacion se desbaratan y derraman. Y así como en el mismo fuego se purifica y afina el oro, y el madero se quema, así en el fuego de la tribulacion el justo resplandece más como el oro, y el malo, como leño seco é infructuoso, se consume. Por esto dijo san Cipriano (1): «Para examinarnos y probarnos nos da Dios varios dolores, y nos ejercita con muchas tentaciones y penas: con la pérdida de la hacienda, con los encendimientos de las calenturas, con los tormentos de las heridas y llagas, con la muerte de los amigos y queridos, y no hay cosa en que más se eche de ver quién es cada uno, y en que se diferencien más los justos de los pecadores, que en el tiempo de la tribulacion; porque en ella el pecador con la impaciencia se queja y blasfema, y el justo con la paciencia se prueba y afina, como está escrito en el *Eclesiástico* (2): «Ten sufrimiento en el dolor y paciencia en tu trabajo, porque en el fuego se prueba el oro y la plata.»

Las ondas del mar Bermejo sirvieron de muro á los hijos de Israel y ahogaron á los egipcios (3); dándonos á entender que las aguas de la tribulacion son para guarda y defensa de los buenos, y para castigo y tormento de los malos, los cuales, como están desarmados y desaparecidos, y les falta el gobernalle de la paciencia y las armas de las virtudes, con que los buenos se defienden cuando pasan el golfo impetuoso de las tribulaciones, dan al traves en las rocas de la ira, de la blasfemia y pusilanidad y desesperacion.

De aquí vienen á dudar de la providencia de nuestro Señor, y á parecerles que no está con nosotros ni cuida de nuestros trabajos, y á decir, con Gedeon (4): «Si el Señor está con nosotros, ¿cómo han venido sobre nosotros tantos males? Si Dios fuese mi padre, ¿cómo me afligiria? ¿cómo no remediaría este daño? ¿cómo no alzaría de mí este castigo tan pesado, largo y trabajoso?» Y juzgando que no tienen en Dios amparo y favor, se vuelven á los enemigos de Dios y acuden á mujeres hechiceras y á hombres que tienen pacto con el demonio, y muchas veces al mismo demonio, pensando hallar en él el remedio que no hallan en Dios.

Vienen á jurar y á blasfemar y á maldecir al Señor, y á seguir el consejo de la loca é importuna mujer de Job, que, vencida de las calamidades que veía en su casa, dijo á su marido (5): «¿Aun vos permanecéis en vuestra simplicidad y engaño? Maldicid al Señor y moríos.» Pero él respondió: «Vos habéis hablado como una de las mujeres necias é insipientes. Si habemos recibido de mano del Señor las cosas prósperas y alegres ¿por qué no recibirémos las adversas y tristes?» Estos tales echan maldiciones á los padres que los engendraron, trabajan los

(1) Lib. *De bono patientia*.(2) *Eccles.*, II.(3) *Exod.*, XIV.(4) *Jud.*, VI.(5) *Job*, II.

domingos y fiestas sin necesidad, hurtan para remediar su pobreza, venden por dinero la verdad y son testigos falsos en juicio; murmuran de los poderosos, juzgan mal de todos, y sus lenguas son navajas que cortan y despedazan las carnes de sus prójimos, y en fin, viven como hombres sin Dios. Y habiendo de entender que sus culpas son causa de sus penas y de procurar enmendar la vida para que así cese la ira y azote de Dios, ellos multiplican sus pecados, y el Señor multiplica sus castigos. Como prometió de hacerlo en el *Levítico* por estas palabras (6): «Si despreciáredes mis leyes y hiciéredes poco caso de mis mandamientos, y no guardáredes lo que yo he ordenado, y quebrantáredes el concierto que hay entre nosotros, yo también os visitaré prestamente con pobreza y angustia que aflija vuestros ojos y consuma vuestras almas; sembraréis y no cogereis, porque vuestros enemigos destruirán lo que hubiéredes sembrado; mostraros he el rostro airado, y caeréis delante de vuestros enemigos, y seréis esclavos de los que os aborrecen; huiréis sin que nadie vaya tras vosotros. Y si con todos estos castigos no quisiéredes obedecerme, yo añadiré siete veces tanto otros mayores por vuestros pecados, y quebrantaré la soberbia rebelde de vuestra dureza, y os daré un cielo de hierro y una tierra de metal.» Y va diciendo otras espantosas amenazas, por las cuales da á entender Dios que nos castiga por nuestros pecados, y que cuando no nos aprovechan los castigos más blandos, envía otros más terribles y rigurosos.

Éstos son aquellos de los cuales dice el profeta Jeremías (7): «Herido los habeis y no han tenido dolor, habeislos azotado y ellos no han querido aceptar la disciplina.» Y en otro lugar (8): «Muerto he y destruido á mi pueblo, y con todo eso no se ha emendado ni entrado por camino. Y curado hemos á Babilonia, mas ella no ha sanado» (9).

De cualquier manera que sea, el Señor ha de ser glorificado en la tribulacion, ó con la emienda ó con el castigo del pecador, y siempre saca admirables provechos della, ó manifestando su justicia ó su misericordia. Porque primeramente, aunque el pecador con la tribulacion se exaspere y se enoje y embravezca y desespere, y blasfeme y se queje de Dios, y caiga en otras culpas que nacen de la angustia y quebranto de su corazon; pero en este mismo tiempo deja de caer en otros pecados y maldades en que cayera si tuviera contento y se hallara en prosperidad, la cual es madre del deleite, de la ociosidad, de la gula, lujuria, soberbia, vanagloria y de otras semejantes ó mayores ó no nada menores culpas que las que comete en el tiempo de la adversidad. Y desta manera, puesto caso que nuestro Señor sea ofendido del pecador por ocasion della, excusa con ella los otros pecados en que cayera si no se viera acosado y afligido.

(6) *Levit.*, XXVI.(7) *Hier.*, V.(8) *Ibid.*, XV.(9) *Ibid.*, LI.

Lo segundo, descubre el Señor los tesoros de su divina providencia. Porque cuando á un hombre que ántes mandaba y vedaba á su antojo, y trataba los negocios de Dios sin Dios, despues por sus maldades le vemos caido y derribado de su trono y cortadas las alas, y con necesidad de pedir de balde socorro al que ántes no se dignaba de mirar, conocemos que hay Dios y que tiene providencia de las cosas humanas, y que aunque el premio y castigo entero de nuestras obras se guarda para la otra vida, también en ésta comienza y da muestras de lo que despues ha de ser. Y desto se sigue que algunos malos vuelvan en sí y escarmienten en cabeza ajena, y los buenos permanezcan en su inocencia.

Porque, así como al buen juez que tiene preso al ladrón y le pesa que aquel hombre haya hecho por qué merezca la muerte; pero porque la justicia pide que sea castigado, y que sea ejemplo y escarmiento para otros, le manda ahorcar, y aguarda el día del mercado y ejecuta la sentencia con grande aparato y cuando hay más concurso de gente; así nuestro Señor, despues que ha aguardado y sufrido al pecador muchas veces debajo de los nubes, le levanta alguna grande calamidad, con la cual le prende, derriba y castiga, y le hace fábula y ejemplo del mundo.

Lo tercero, en este mismo castigo manifiesta nuestro Señor su bondad, como el sol muestra más su resplandor y la virtud de sus rayos cuando el hombre por la flaqueza de su vista no puede mirar en él. Porque así como la luz es agradable á los ojos sanos y limpios, y enojosa á los enfermos y lagañosos, así los que tienen los ojos claros y limpios para ver esta luz del Señor, y la misericordia que usa con ellos cuando los castiga, se gozan de purgar sus culpas con las penas y de estar debajo de su poderosa mano y correccion. Pero los otros, como están rodeados de espesas y horribles tinieblas, no pueden ver esta soberana luz, ántes se hacen cada día más ciegos con ella y se embravecen contra Dios, y Él más ásperamente los humilla y castiga, como lo habemos dicho, y lo dice Job por estas palabras (1): «Todos los días de su vida se ensoberbece el pecador, y suena en sus oídos un sonido de espanto y pavor; aunque haya paz, siempre vive sobresaltado y sospechoso de alguna celada, la tribulacion le espantará y la congoja le cercará, como suelen cercar al Rey sus soldados cuando se apareja para la guerra. Porque él ha extendido su mano contra Dios y hecho pié y esforzándose contra el Todopoderoso, y con la cerviz engraida y levantada se ha armado y corrido contra Él.» Por esto el Señor agrava más su mano y hiere y derriba al pecador, y echa acibar en todos sus deleites, y por todos cabos le cerca y aflige para que se reconozca, rinda y humille, y si perseverare en su maldad, comience aquí á padecer las penas del infierno, como lo dice san Gregorio por estas

(1) *Job*, XV.

palabras (2): «La pena presente, si convierte el corazon del afligido, es fin de la culpa pasada, y si no le convierte, es señal de la pena que se le ha de seguir.»

Y dura este castigo cuanto dura la rebeldia y obstinacion del pecador, que en los condenados es para siempre jamas. Porque, así como siempre duran sus culpas, así también duran sus penas, lo cual pone grima y admiracion. Porque ¿qué hombre hay tan vengativo y cruel, que si tomase á su enemigo y le colgase en una horca, le dejase estar en ella medio vivo y medio muerto un día entero, un mes, un año, toda la vida, ó por mejor decir, infinitos años? ¿Quién no se aplacaría con este tormento? ¿Quién no se amansaría? ¿Quién no perdería su cruza y furor? Pero el Señor ve las penas terribilísimas de los malaventurados que están en el infierno viviendo en una muerte perpétua, y con todo eso no se mitiga su saña ni les disminuye las penas, y no por eso es cruel Dios, sino justísimo juez y sapientísimo médico, pues castiga la culpa cuanto ella dura, y cauteriza la llaga mientras que mana podre y echa mal olor.

CAPÍTULO XI.

De los medios que toman los malos para salir de las tribulaciones.

La causa por que los malos no se aprovechan de las tribulaciones ni hallan alivio y consuelo en ellas es porque no le buscan adonde se debe buscar, ni aciertan á dar en la vena de sus trabajos. Quieren salir dellos, y buscan medios para salir, mas los que toman son redes con que se enlazan y multiplican sus culpas y doblan sus penas, que son efectos dellas; porque cuando se ven angustiados y afligidos, no consideran que aquella angustia les viene de la mano de Dios, y que sus pecados son causa della, ni procuran quitarla y emendar la vida para que Dios quite el castigo, y cesando la causa de la tribulacion, cese la misma tribulacion. Ántes, ó pensando que aquel mal les viene acaso, ó que su remedio es olvidarle, procuran con un falso y dañoso engaño distraerse y ocuparse en cosas de entretenimiento y gusto, para que el ánima, embebecida y absorta en los deleites y pasatiempos de fuera, no pueda atender á lo que padece dentro de sí, ni sacar la espina que le atraviesa las entrañas. Por esto cuando los tales se ven congojados se dan á conversaciones profanas, á juegos, á banquetes, á solaces y comedias, y andan todo el tiempo entretenidos y embelesados en fiestas y en regocijos, porque con ellos ó se divierten ó se olvidan de la pena que carcome y consume el corazon, y no ven que viven como sobresanados, y que dentro está la Haga, y que hasta que se corte la raíz de la pena, que es el pecado, siempre brotará y dará fruto de muerte, y que son como unas malas mujeres, podridas de dentro y afeitadas de

(2) *Gregor.*, in *Registr.*